



CONCURSO DE RELATOS

XIX DÍA DEL PÍNFAÑO

Córdoba, octubre, 2024

EL GOCHO

Aquellos viajes de mi infancia en unos vetustos trenes arrastrados por impresionantes locomotoras de vapor, alimentadas con carbón y agua, suponían en numerosas ocasiones, una apasionante aventura. Ir de mi pueblo a Padrón, separados aproximadamente por trescientos cincuenta kilómetros, se tardaba cerca de doce horas.

Había tres categorías de vagones en los que viajar: los de primera clase, que eran los más lujosos y caros, para la gente pudiente. Los de segunda, similares a los anteriores pero ligeramente inferiores en lujo y precio, prácticamente igual de cómodos, pues eran apartamentos cerrados para ocho personas. Y finalmente los de tercera clase. Vagones completamente abiertos con lo que de un vistazo se podía ver a todos los pasajeros del mismo, con asientos corridos de madera. Estos vagones, faltos de comodidad, eran sobrados de bullicio y alegría entre sus ocupantes. Si uno sacaba una hogaza de pan con chorizos caseros, otro se acercaba con una bota de vino y otro más con una tortilla, no faltando el de la guitarra para animar la fiesta.

Los pínfanos, cuando íbamos al CHOE o volvíamos a casa de vacaciones, viajábamos en segunda clase con un documento que llamábamos pasaporte; un billete militar que nos permitía viajar en aquella modalidad.

Conocedores del ambiente que se respiraba en tercera, era normal que fuéramos allí para asegurarnos una buena comida y agradable fiesta.

Cuando hice la primera Comunión en Padrón, mi madre quiso compartir ese inolvidable acto conmigo. Extraordinario aquel veinticuatro de mayo de mil novecientos cincuenta y siete del que recuerdo con añoranza los nombres completos de mis once compañeros de ceremonia, incluidos los dos monaguillos y la tarde en el monte de Santiaguño, y la foto con mi amigo Gabi, quien me cuidaba como mi hermano mayor...

Mi madre no tenía pasaporte para viajar en segunda clase y el viaje de vuelta a casa lo hizo en tercera. Vagón abierto, asientos de madera, como dije, y todo el personal a la vista.

En el mercado de Padrón había comprado un gocho, que es así como llaman a los cerdos en mi pueblo, por cien pesetas —sesenta céntimos de euro.

Esto me lo comentó ella al cabo de algunos años, porque desde que murió mi padre, a la edad de treinta y siete años, vivíamos en la casa de mis abuelos. Una gran casa de pueblo donde teníamos siempre gallinas, a veces una cabra y por supuesto un gocho que se mataría entre diciembre y enero, cosa que normalmente hacía mi tío Andrés, quien lo despizaba y colgaba al sereno para después hacer chorizos, morcillas y demás carne troceada que nos servía de alimento para gran parte del año.

El pequeño gocho, lo llevaba en una caja que previamente había metido debajo del asiento que ocupaba, pero en el momento que pasó el revisor, el gochin dio un pequeño gruñido.

— ¿Qué es eso?

— No sabemos —respondieron todos.

—¿Como que no? Es un cerdo. ¿Dónde está?

—Aquí —respondió mi madre para no involucrar a sus compañeros.

—Pues tiene que pagar un suplemento por el animal, señora.

Al gocho que, como dije, le había costado cien pesetas, le quería cobrar treinta por su billete.

—Lo tiro por la ventana, yo no pago ese dinero.

—Ni se le ocurra, señora. Agrava usted el problema.

—Yo le pago ese billete —dijo un señor de traje negro y sombrero de fieltro.

—No permitiré tal cosa —respondió mi madre.

—Pues permítame que entre todos hagamos una colecta —Propuesta que todos aceptaron de buena gana y mi madre consintió complacida.

Una vez concluida la colecta sobraron cien pesetas que también le dieron, con lo cual resultó gratis el gochin, el cual fue presentado entre todos los presentes con aplausos y jolgorio.

Aquel animalito que cuando se compró pesaría doce kilos, cuando fui de vacaciones en verano rondaría los cuarenta y ciertamente daba gusto ver lo feliz que se encontraba, pues no tenía otra cosa que hacer más que comer, corretear por el huerto y retozar en una pequeña charca que le había hecho mi hermano.

En mi siguiente viaje en tren, estaba yo expectante con todo lo que ocurría a mí alrededor. En un momento determinado y en una estación que no recuerdo, una misteriosa mujer depositó unas cajas debajo de mi asiento. Acto seguido desapareció y yo, esperando con ansiedad oír gruñir al gochin, cosa que no sucedió. Al cabo de unas cuantas estaciones, una vez pasado Orense, otra señora entró en mi apartamento y recogiendo el paquete se despidió de nosotros esbozando una leve sonrisa.

Me quedé sin ver al gocho, cosa que era imposible, porque según me contaron, se trataba de contrabando de tabaco y café, conocido como estraperlo, pero esto ya es otra historia...